

La *Crónica mexicana* de Hernando Alvarado Tezozómoc desde una perspectiva literaria

Valeria Añón
Universidad de Buenos Aires
Universidad Nacional de La Plata
Conicet- Argentina

Desde hace años, la crítica ha coincidido en la importancia crucial de la *Crónica mexicana* (CM a partir de ahora) de Hernando Alvarado Tezozómoc en la configuración de ese corpus denominado “crónicas novohispanas de tradición indígena”.¹ En ese marco, la CM es representativa y única a un tiempo. Representativa puesto que coincide en cuanto a *locus* de enunciación, tratamiento del pasado y articulación de tradiciones discursivas mixtas con otras crónicas afines, del período, como la *Historia de la nación chichimeca* de Fernando de Alva Ixtlilxóchitl, pero también con las relaciones e historias de Chimalpain, por nombrar sólo dos textos que pueden ser puestos en relación desde múltiples aristas. Única porque brinda una mirada sin parangón acerca del pasado mexicana e incluso de figuras opacas o polémicas para todo el corpus de las crónicas de la conquista de México, como la de Motecuhzoma. Debido a estas y otras características (como sus vínculos con la llamada Crónica X, sobre la que volveremos enseguida), la historiografía se ha ocupado de ella en numerosas ocasiones, enfatizando sus relaciones con los modos de la memoria y la oralidad autóctonos, que subsisten como subtexto en esta crónica.

¹ José Rubén Romero Galván (coord.), *Historiografía mexicana*, v. I, *Historiografía novohispana de tradición indígena*, Juan Antonio Ortega y Medina y Rosa Camelo (coord. gral.), México, Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto de Investigaciones Históricas, 2003, 368 p.

Entre los múltiples trabajos que ya en los últimos tiempos se han producido, continúa siendo de referencia obligada la prestigiosa investigación de José Rubén Romero Galván, volcada primero en su libro *Los privilegios perdidos* y, más tarde, en numerosos artículos de investigación, así como en la coordinación y escritura del primer volumen de *Historiografía mexicana*, titulado *Historiografía novohispana de tradición indígena* (2003).² En todos ellos se destaca, además de un profundo conocimiento de la obra de Hernando Alvarado Tezozómoc en general y de la CM en particular, un loable esfuerzo por poner en contexto modos de producir discursos, usos del pasado y polémicas con la administración colonial, que en verdad hablan, metonímicamente, de modos de negociación, supervivencia y *transculturación* de la élites nobles indígenas en los siglos XVI y XVII. De allí que, en sus trabajos, Tezozómoc se destaque como caso singular y sintomático a un tiempo, y que sus modos de resolver conflictos y articular distintas versiones acerca del pasado vayan más allá de un nombre de autor y permitan exhibir nuevas formas de lo social.

De las aproximaciones historiográficas posteriores acerca de la CM y los complejos vínculos con la llamada *Crónica X*, se destacan las provocadoras tesis de Clementina Battcock,³ quien, luego de un concienzudo repaso por hipótesis, inferencias y suposiciones acerca de las posibles fuentes de las obras de

² José Rubén Romero Galván, *Los privilegios perdidos. Hernando Alvarado Tezozómoc, su tiempo, su nobleza y su Crónica mexicana*, México, Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto de Investigaciones Históricas, 2003, 170 p. (Teoría e Historia de la Historiografía, 1); y el mismo autor como coordinador, *Historiografía...*, *op. cit.*

³ Clementina Battcock, "La Crónica X: sus interpretaciones y propuestas", *Orbis Tertius*, Universidad Nacional de la Plata, Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación, Centro de Estudios de Teoría y Crítica Literaria, La Plata, v. XXIII, n. 27, junio, 2018. Disponible en: <https://www.orbistertius.unlp.edu.ar/article/view/OTe067>.

Tezozómoc, y de sus vínculos con las figuras y obras de, entre otros, Chimalpain y fray Diego Durán, arriesga la posibilidad de que dicha crónica no haya existido como tal, o no haya tenido ni la forma ni la circulación que otras investigaciones le adjudican. Esta tesis resulta crucial también para los estudios literarios porque se asoma a los vericuetos de la *invención de tradiciones*, de las articulaciones entre escritura, inferencia e indicialidad, y de los modos en que discursos, manuscritos, relatos orales y pictográficos circulaban en la época y formaban subtextos que hoy palpitan aún, aunque acallados, en la palabra impresa.

La crítica literaria, en cambio, ha sido más reacia a abordar este texto en particular y la obra de Tezozómoc en general, quizá por la opacidad de sus modos de representación, también por la cautela con que se suelen mirar este tipo de textualidades. Entre las investigaciones a destacar, señalaré en primer lugar los trabajos de Martin Lienhard, quien realiza dos operaciones de importancia, ya desde sus textos de los años 80. Primero, una operación categorial, de organización y clasificación de estas textualidades, a partir de propuestas y ajustes de conceptos como “crónica mestiza”,⁴ “crónica indígena” o “literaturas escritas alternativas”.⁵ Cabe aclarar que, si bien todos ellos presentan propuestas destacadas y ejes de análisis provechosos, ninguno consigue plasmar a cabalidad las complejidades y contradicciones de este corpus. Segundo, una puesta en contexto de estas crónicas no sólo con el universo novohispano sino, y en especial,

⁴ Martin Lienhard, “La crónica mestiza en México y el Perú hasta 1620: apuntes para su estudio histórico literario”, *Revista de Crítica Literaria Latinoamericana*, Centro de Estudios Literarios Antonio Cornejo Polar/Tufts University, Department of Romance Languages, Medford, Massachusetts, a. 9, n. 17, 1983, p. 105-115.

⁵ Martin Liendhard, *La voz y su huella: Escritura y conflicto étnico-social en América Latina (1492-1988)*, La Habana, Casa de las Américas, 1990, 413 p.

con el universo andino, con el cual, a pesar de los numerosos puntos de contacto, pocas veces se las ha entrecruzado, quizá por la dificultad propia de estas textualidades. Así, si bien con algunos problemas y desajustes propios de una mirada comparativa algo generalista, que en cualquier caso enfatiza más el universo andino tal como lo narran el Inca Garcilaso de la Vega y Guaman Poma de Ayala que sus cruces con el universo novohispano, las aproximaciones de Lienhard presentan el mérito de colocar de lleno este corpus en las discusiones literarias, llamando la atención además sobre el profuso cruce con la oralidad y la performatividad que lo constituye como tal.

En tanto, desde una perspectiva afín en cuanto a ciertas aproximaciones categoriales, aunque mucho más anclada, por un lado, en los estudios coloniales norteamericanos, y por otro en la semiótica y el análisis del discurso, se destaca el trabajo de Salvador Velazco, *Visiones de Anáhuac. Reconstrucciones historiográficas y etnicidades emergentes en el México colonial: Fernando de Alva Ixtlilóchitl, Diego Muñoz Camargo y Hernando Alvarado Tezozómoc*.⁶ En este libro, Velazco, además de ensayar una mirada comparativa entre estas crónicas novohispanas cruciales, define los perfiles de los *loci* de enunciación que cada crónica propone en torno a su proyecto de reconstrucción historiográfica.⁷ En este abordaje, la CM se destaca por su subtexto oralizante, que le brinda a esta crónica tonalidades de épica y de elegía,⁸ al tiempo que delinea una peculiar

⁶ Salvador Velazco, *Visiones de Anáhuac. Reconstrucciones historiográficas y etnicidades emergentes en el México colonial: Fernando de Alva Ixtlilóchitl, Diego Muñoz Camargo y Hernando Alvarado Tezozómoc*, Guadalajara, Universidad de Guadalajara, 2003, 308 p.

⁷ *Ibid.*, p. 13.

⁸ *Ibid.*, p. 198.

representación del sujeto colonial y el sujeto historiográfico.⁹ Este abordaje interesa en especial porque no se detiene tanto en los oscuros vericuetos biográficos del autor como en modos, lugares, sujetos del decir, y en usos del pasado para reivindicaciones presentes y formaciones de identidades a futuro. Esa línea, de análisis crítico desde la tradición de los estudios literarios coloniales latinoamericanos (con una fuerte impronta historiográfica, claro), ha sido continuada con trabajos más recientes como los de Alejandro Viveros Espinosa¹⁰ y Nadia Cervantes,¹¹ por ejemplo. En cualquier caso, y si bien muy destacables en sus aproximaciones, lo cierto es que la CM aún adolece de cierta falta de atención por parte de la crítica, así como de un análisis literario minucioso de sus estrategias formales y modalidades de representación que sirvan para dar cuenta, en un sentido más amplio, de las modalidades narrativas de las crónicas novohispanas.

En lo que sigue propongo delinear algunas dimensiones de análisis de la CM desde una perspectiva literaria, así como ciertas hipótesis acerca de su funcionamiento, las tradiciones en las que abreva, su *ethos*. El objetivo es presentar una suerte de diagnóstico y ruta de trabajo, para continuar dando cuenta de esta crónica tan fascinante como compleja. Por partes entonces.

⁹ *Ibid.*, p. 197.

¹⁰ Alejandro Viveros Espinosa, "En torno a una filosofía política sobre la noción de indio en la *Crónica mexicana* de Hernando Alvarado Tezozómoc", *Universum. Revista de Humanidades y Ciencias Sociales*, Universidad de Talca, Talca, v. 32, n. 1, 2017, p. 175-192.

¹¹ Nadia Cervantes, "La estética de los sagrado: Historia, *performance* y ritual en la *Crónica mexicana* de Hernando Alvarado Tezozómoc", *Revista de Estudios Hispánicos*, Washington University in St. Louis, Saint Louis, Missouri, t. 52, n. 1, marzo, 2018, p. 123-145.

Archivo

Quien se haya asomado, aunque sea por primera vez, a la CM, identificará con rapidez sus múltiples vínculos, muchas veces tensionados, con los problemas de archivo en sus múltiples acepciones, tanto efectivas como metafóricas. En primer lugar, lo que respecta a la materialidad del archivo y sus textualidades, siempre atravesadas por el azar, la pérdida, el secreto, regla a la que la CM no escapa. No es mi intención aquí hacer un relevamiento de estos recorridos, ya profusamente aludidos por sus editores Gonzalo Díaz Migoyo y Germán Vázquez Chamorro,¹² y revisadas también por, entre otras, historiadoras como Rocío Cortés,¹³ sobre cuyas hipótesis volveré enseguida. Pero sí marcar que este derrotero, muchas veces confuso, sin datación fiable más allá de algunas intuiciones, que llevó el texto desde la Nueva España hacia Europa, Estados Unidos y nuevamente México, no es privativo de este texto ni de esta obra, sino que atraviesa la historia y el destino mismo del archivo colonial americano.¹⁴ Lo que sí me interesa destacar es el espacio del error, la copia, el borde, el desplazamiento como modo de construcción de significado. En efecto como explica Díaz Migoyo:

el manuscrito Kraus está incompleto, falto de dos folios, *con sus dos capítulos correspondientes*. Por lo tanto, todas las copias hechas del mismo están igualmente faltas de esos dos capítulos, aunque lo ignoren: reducen los 112 capítulos y 160 hojas originales a 110 y 158, respectivamente, eliminando erróneamente la solución de continuidad entre el

¹² Hernando Alvarado Tezozómoc, *Crónica mexicana*, ed. de Gonzalo Díaz Migoyo y Germán Vázquez Chamorro, Madrid, Dastin, 2001 [1598] (Historia. Crónicas de América).

¹³ Rocío Cortés, "El misterio de los capítulos perdidos en la *Crónica mexicana* de Hernando Alvarado Tezozómoc", *Colonial Latin American Review*, Taylor & Francis, London, v. 12, n. 2, 2003, p. 149-167.

¹⁴ Valeria Añón, "Los usos del archivo: reflexiones situadas sobre literatura y discurso colonial", en Mario Rufer y Frida Gorbach (coord.), *(In)sdisciplinar la investigación. Archivo, trabajo de campo y escritura*, México, Universidad Autónoma Metropolitana/Siglo XXI, 2016, 296 p., p. 251-274.

principio del capítulo 3 —creando, naturalmente, un *non sequitur* discursivo—, el capítulo 6 se convierte en capítulo 4 y se numeran de nuevo todos los demás capítulos y hojas con una correspondiente disminución de dos cifras.¹⁵

La falta, el error, lo incompleto *significante* producen sentido porque la estructura misma de la crónica, capitular, así lo requiere. Este volver a numerar elidiendo u ocultando lo perdido, que lleva también a que el error se replique, exhibe cómo funciona el género amoldando la mirada de los lectores, más allá del *non sequitur* discursivo que señala Díaz Migoyo. La sobreescritura (un número sobre otro, un capítulo sobre otro), que busca ocultar la falta, convive no obstante con la lógica escrituraria de la diégesis, lo que tiene por consecuencia la producción de una fricción en el texto, la sensación lectora de que algo allí no corresponde, de que algo suena con una tonalidad diferente. Este “misterio de los capítulos perdidos” es resuelto parcialmente por Rocío Cortés¹⁶ quien, a través de inferencias y por medio de una metodología contrastativa con otras crónicas novohispanas como las relaciones e historias de Chimalpahin, o la historia de fray Diego Durán, arriesga el posible contenido de estas “lagunas”. Pero más allá de estas hipótesis, destacables porque muestran asimismo el funcionamiento, diálogo y polémicas de las crónicas de tradición indígena, interesa lo que estos espacios sugieren. Esa suerte de pliegue en el texto reenvía asimismo al subtexto autóctono, oral (“crónica oralizante” la llama Velazco),¹⁷ performativo,¹⁸ que apenas puede atisbarse pero que le brinda verdadero sabor y tono a esta CM. Así, lo *narrado* se

¹⁵ Germán Díaz Migoyo, “Introducción”, en Hernando Alvarado Tezozómoc, *Crónica...*, *op. cit.*, p. 16.

¹⁶ Rocío Cortés, “El misterio...”, *op. cit.*, p. 149 *et seq.*

¹⁷ Salvador Velazco, *Visiones...*, *op. cit.*, p. 197.

¹⁸ Nadia Cervantes, “La estética...”, *op. cit.*

cruza con lo *disnarrado*¹⁹ para configurar una crónica que también significa, en especial, en sus silencios.²⁰

Sujeto enunciador

Esta tensión entre lo dicho y lo elidido se presenta de manera central en la segunda dimensión que quiero mencionar aquí, la del *locus* de enunciación, que exhibe la configuración de un *sujeto oscilante*,²¹ de adscripciones tensionadas respecto a los pasados de los cuales proviene. La crítica coincide en señalar tanto el pasado mexica que esta crónica reconstruye, sus personajes, historias, enfrentamientos bélicos, como el “pasado idolátrico”, es decir, las profusas ceremonias religiosas e históricas que la crónica evoca, con mirada crítica pero también con asombrosa plasticidad. Nadia Cervantes ha analizado las escenas de rituales sacrificiales como eventos performativos, y señala que:

Tezozómoc describe cuidadosamente los aspectos formales y contextuales del ritual y con ello transmite también el sistema simbólico mediante el cual se expresan los valores más esenciales de la cultura mexica. De esta forma, la CM problematiza la concepción europea del indio americano y de sus prácticas culturales, que hasta entonces habían sido descritas como salvajes y demoniacas.²²

¹⁹ Gerald Prince, “The disnarrated”, *Style*, Pennsylvania State University Press, State College, Pennsylvania, v. 22, n. 1, spring, 1988, p. 1-8.

²⁰ Valeria Añón y Mario Rufer, “Lo colonial como silencio, la conquista como tabú: reflexiones en tiempo presente”, *Tabula Rasa*, Universidad Colegio Mayor de Cundinamarca, Bogotá, n. 29, julio-diciembre, 2018, p. 107-131.

²¹ Nicolás Wey Gómez, “¿Dónde está Garcilaso? La oscilación del sujeto en la formación de un discurso transcultural”, *Revista de Crítica Literaria Latinoamericana*, Centro de Estudios Literarios Antonio Cornejo Polar/Tufts University, Department of Romance Languages, Medford, Massachusetts, a. 17, n. 34, 1991, p. 7-31.

²² Nadia Cervantes, “La estética...”, *op. cit.*, p. 132.

Tezozómoc comparte con Sahagún, Alva Ixtlilxóchitl, Muñoz Camargo, y Durán los modos de inscripción de rituales sacrificiales, fiestas y creencias religiosas mexicas.²³ Si sus relatos no dejan de señalar, desde una perspectiva cristiana, el componente idolátrico de estas escenas —algo por demás exigido a todo enunciador indígena o mestizo, siempre sospechado de idolatría o traición—, cumplen la función crucial de volverlas inteligibles para un lector distante o no avezado. Hay mucho de plasticidad, de teatralidad,²⁴ de belleza estética incluso en la forma en que estos rituales son presentados en el texto, y eso, que puede resultar perturbador para un lector occidentalizado, también funciona acercando una cultura que es presentada como *otra*, salvaje, idolátrica, a partir de estas mismas escenas. Hay algo del orden de la profunda comprensión de estos mecanismos, de la apuesta a la intelección futura y también a la pervivencia de estas cosmovisiones (aunque no de sus prácticas) en esta crónica. De allí que estemos ante una *escritura tensionada* y un enunciador oscilante, que ora contribuye a la pervivencia de estas escenas culturales, a su intelección, a su aprehensión, ora las critica, las condena, las anatematiza. No hay pose aquí, sino una genuina reconfiguración de espacios sociales para estos enunciadores de la nobleza indígena, que deben negociar a partir de sus discursos, sin renunciar por completo a los universos de comprensión que les son propios.

A esto se suma la evidente (aunque sutil) presencia del subtexto autóctono, ya sea en forma de relatos orales como de códigos narrados o transcritos, que

²³ Valeria Añón, *La palabra despierta. Tramas de la identidad y usos del pasado en crónicas de la conquista de México*, Buenos Aires, Corregidor, 2012, 354 p.

²⁴ Nadia Cervantes, “La estética...”, *op. cit.*, p. 133.

adquiere especial densidad en la inscripción textual de parlamentos, diálogos y arengas. Como sostiene Velazco, la CM es una crónica oralizante debido a estas múltiples dimensiones de la oralidad. Son múltiples porque provienen de un subtexto oral, performativo, desde los *amoxtli* y sus modos autóctonos de "lectura",²⁵ los *cuícatl*, los *yaocuícatl* entre otros,²⁶ que le confiere un tono grave a veces, poético en términos de ritmo y musicalidad muchas otras, es decir, que atraviesa la crónica con sonidos (lenguas pero también formas) extraños al castellano en que está escrita y que, por ello, la intervienen con su ajenidad. Esta presencia solapada de una lengua y una serie de formas poéticas autóctonas configuran una crónica que exhibe, también (especialmente) *en el plano formal* el desajuste de los nuevos órdenes sociales posconquista y coloniales. A ello se suman las tradiciones occidentales de representación de la voz, en arengas y diálogos, directamente relacionadas con la historiografía de la época, por un lado, y con la extensa tradición épica que se ha venido utilizando durante siglos para organizar buena parte del discurso bélico. Como toda escritura tensionada, la CM abreva en ambas tradiciones y configura un texto *otro*, diverso y difícilmente encasillable, que hace de este cruce uno de sus mayores legados para el archivo literario latinoamericano del futuro.

²⁵ Patrick Johansson, "La *Historia General* de Sahagún. De la voz indígena al capítulo 15 del libro XII: las tribulaciones de un texto", *Estudios de Cultura Náhuatl*, Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto de Investigaciones Históricas, México, v. 29, 1999, p. 209-241, ils.

²⁶ Miguel León-Portilla, "Literatura en náhuatl clásico y en las variantes de dicha lengua hasta el presente", en Beatriz Garza Cuarón y Georges Baudot (coord.), *Historia de la literatura mexicana*, v. 1, *Las literaturas amerindias de México y la literatura en español en el siglo XVI*, 3 v., México, Siglo XXI/Universidad Nacional Autónoma de México, Facultad de Filosofía y Letras, 1996, p. 131 *et seq.*

Tramas y personajes

El otro espacio donde la CM exhibe su adscripción tensionada es en la cuidada trama que la constituye, así como en los personajes que dibuja, en especial en el polémico Motecuhzoma, tan anatematizado por buena parte de las crónicas de tradición indígena. En primer lugar, la organización diegética y secuencial de la narración inscribe el texto en una tradición occidental que lo vuelve inteligible para un lego curioso o interesado en ese pasado autóctono. Claro que, como ya lo analizó Romero Galván, ese pasado particularista entra en coalición con otras versiones (tlaxcaltecas, tezcocanas, chalcas), e inscribe una posición que se distancia de éstas al tiempo que polemiza, de manera solapada, con otros relatos del pasado. En cualquier caso, los usos de modos del relato occidentales son evidentes y hacen también a la legibilidad de este texto en su contexto de producción y más allá. En cuanto a su estructura, la crítica oscila en segmentarla en tres o cuatro zonas, de acuerdo al nivel de particularidad con que se alude a los temas que la CM trata. Me interesa en especial incluir algunas consideraciones acerca de los comienzos y finales de la CM. Sabido es que los comienzos de una obra o de un texto funcionan definiendo su tono, al tiempo que trabajan sobre las expectativas del lector y aseguran (o no) la legibilidad de cada crónica. También que, en la narrativa autóctona —como, por otra parte, en la occidental historiográfica y cronística—, los comienzos de los textos suelen estar reglados por el género y deben ajustarse a una serie de pautas establecidas. En ese sentido, todo narrador se encuentra tensionado en lo que la tradición y el género le exigen, y lo que la lógica misma de la escritura van desplegando. La CM se

adscribe a la tradición autóctona al comenzar narrando la migración mexicana, sus múltiples enfrentamientos con poblaciones diversas, su llegada y fundación de Tenochtitlan. Al mismo tiempo, se distancia sutilmente de esta puesto que enuncia desde un entrelugar complejo, el del narrador-traductor-mediador cultural, que no abandonará en todo el texto:

La benida que hizieron y tiempo y años que estuvieron en llegar a este Nuevo Mundo, adelante se dirá. Y así, ellos propios persuadiendo a los naturales, por la estrechura en que estauan, determinó y les habló su dios en quien ellos adouraban, Huitzilopochtli, Quetzalcóatl, Tlalocateutl y otros, como se yrá tratando. La benida de los mexicanos muy antiguos, en la parte que ellos binieron, tierra y casa antigua llaman oy Chicomoztoc, que dice Casa de siete cuevas cabernasas; segundo nombre llaman Aztlan, que es decir asiento de la garça.²⁷

En las primeras líneas del texto inscriben, metafóricamente, formas, tratamientos temáticos, posiciones del enunciador que se continuarán luego en toda la CM. Es evidente que el enunciador no es parte del nosotros autóctono ni del nosotros occidental. El uso de deícticos y formas pronominales lo coloca en un entrelugar²⁸ que definirá, ya desde estos comienzos, el tono del archivo americano. La distancia entre esa migración y este Nuevo Mundo (nuevo también en el sentido de que el orden social es distinto) es más que una distancia temporal o diegética. Marca en cambio la pervivencia presente (me refiero al presente de la escritura) de imaginarios diversos, contrapuestos, aunque escandidos por la lógica jerarquizante de la colonialidad. En cualquier caso el enunciador, que se presenta

²⁷ Hernando Alvarado Tezozómoc, *Crónica...*, *op. cit.*, cap. I, p. 53.

²⁸ Silviano Santiago, "El entrelugar del discurso latinoamericano", en Florencia Garramuño y Adriana Amante, *Absurdo Brasil. Polémicas en la cultura brasileña*, selección, introd. y pról. de Adriana Amante y Florencia Garramuño, Buenos Aires, Biblos, 2000, 265 p., p. 61-77.

como traductor-mediador, pone en contacto lenguas, dioses, relatos histórico-míticos, viejos y nuevos mundos, apostando a la inteligibilidad que postula la escritura. Entrecruza asimismo un ordenamiento cronístico del texto con un contenido mucho más vinculado con los modos de la historia autóctonos. Produce así una crónica híbrida como productiva, que hará de estos cruces su *ethos* primordial. Claro que este gesto conciliador también es un gesto de negociación o supervivencia, identificable en todo el corpus de las crónicas de tradición indígena, aunque con matices diversos.

En tanto, hacia el final de la crónica se presentan algunos personajes y escenas que serán cruciales para completar las versiones acerca del pasado mexica reciente y de la conquista, y que entran en colisión con buena parte de las historias autóctonas, así como con varias crónicas de tradición occidental (me refiero a las *Cartas de relación* de Hernán Cortés, por ejemplo). Me interesa en especial señalar la caracterización diversa de la figura de Motecuhzoma que esta crónica propone y que tiene que ver justamente con su trama. A diferencia del *Libro XII* de Sahagún, por ejemplo, que inicia dando cuenta de las profecías para delinear un Motecuhzoma anonadado e inerte, la CM, dado que viene narrando enfrentamientos bélicos exitosos, ha mostrado un *tlatoani* poderoso, decidido, que ordena, manda, hace traer, castiga y premia, condecora, es decir, que se define por verbos de acción sobre los otros, sus súbditos. Creo que aquí también los malos augurios aparecen para anunciar la conquista pero, como lo hacen luego de esta caracterización, funcionan ofreciendo una imagen mucho más compleja de Motecuhzoma, que lo singulariza y humaniza a un tiempo. De allí en adelante, el

término que se reitera para caracterizar a este Motecuhzoma es “tristeza”. Pero incluso en medio de este ánimo (o justamente, debido a él) manda, sacrifica, vocifera, como se narra por ejemplo en el capítulo CVIII, incluyendo el uso del discurso directo:

E luego otra muger biexa dixo: “Señor, soñé que tu casa la lleuaua un gran rrío; piedras y bigas se las leuaua el agua”. Rrescibió tan grande enojo de oyr esto que llamó luego a Petlacatli, su mayordomo, díxole: “Lue lleuad a la cárcel a estos bellacos biexos y mueran allí de hambre qual bienen estos bellacos”. Y muchos biexos y principales y sahumadores le soñauan, mas no osauan dezírselo porque no los echase en las cárceles y costarles las vidas”.²⁹

Esta crueldad que la escena registra coloca al tlatoani más cerca de la figura del tirano que de la del impotente o débil, y con ello también reconfigura las hipótesis acerca de la caída de los mexicas frente a los españoles. Hay algo del orden del pecado cristiano en estas caracterizaciones, también de las distancias entre un buen y un mal gobernante, que la CM insinúa. En cualquier caso, peca por fiereza más que por debilidad.

El otro elemento fundamental aquí, y sobre el que vuelvo para cerrar estas aproximaciones, es el uso de las fábulas y en especial la historia de la piedra parlante. Interesa porque se trata de un recurso que no es privativo de la CM, sino que aparece en otras crónicas mestizas, como los *Comentarios Reales* del Inca Garcilaso, por ejemplo. Esta asociación nos permite vincular la CM con la historiografía occidental de la época, que hace de la fábula una suerte de *exempla* didáctico, al tiempo que reconstruye una cosmovisión autóctona donde todo

²⁹ Hernando Alvarado Tezozómoc, *Crónica...*, op. cit., cap. CVIII, p. 465.

significa, incluso lo inanimado para el imaginario occidental. La piedra que habla y sella un destino (capítulo CIV) preanuncia la conquista como fatalidad, y erige así la contracara de la lógica providencialista que también aparece en otros momentos de esta crónica.

Muchas otras son las dimensiones que se pueden explorar, desde una perspectiva literaria, en la CM. Por nombrar sólo algunas: las distintas temporalidades superpuestas y su impacto sobre la diégesis; los numerosos personajes y sus caracterizaciones; el uso proliferante del discurso directo y las diversas tradiciones en las que abrevia; el *ethos* épico y elegíaco de buena parte de sus capítulos. Se trata de un trabajo tan desafiante como apasionante, para seguir indagando esta crónica crucial del archivo colonial americano.